

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“No les impidan a los niños que se acerquen a mí, porque les aseguro que de los que son como niños es el Reino de los cielos”.

—Mateo 19,13-15



Y por fin supo dónde estaba Jesús...

Un domingo por la mañana, Ana María decidió llevar a su pequeño hijo Juanito a la iglesia por vez primera. Pensó que como era la primera vez que lo llevaba, sería mejor que fueran temprano para ser los primeros en llegar. Ana María se apresuró para estar lista y llegar a la iglesia lo más pronto posible.

Lo primero que Ana María hizo al llegar a la Iglesia fue enseñar a Juanito a hacer la genuflexión. Juanito aprendió y lo hizo con mucho respeto, “Qué lugar tan silencioso” pensó Juanito. Enseguida le preguntó a su mamá, “Quién vive aquí?”, “Jesús”, contestó Ana María. “Y Él está muy contento de que tú estés aquí. Él te ama mucho y quiere que aprendas a hablar con Él”. “Pero, “cómo sabes que Jesús está aquí, Mamá?” preguntó Juanito. “Bueno, Juanito, mira a tu alrededor, a ver si puedes encontrar el lugar especial donde vive Jesús”.

Ana María soltó a Juanito de la mano y el pequeño comenzó a caminar por toda la Iglesia, muy calladito. Veía todo lo que había allí y no podía creer tanta belleza. Todo le parecía maravilloso. Regreso con su mamá y dijo: “Mamá, no pude encontrar a Jesús, dónde está?” “Sigue buscando, mi hijito, sigue buscando”. El pequeño Juanito comenzó su búsqueda de nuevo pero esta vez subió hasta donde estaba el altar. Mi-



raba hacia arriba y hacia abajo pidiendo a Jesús que saliera para verlo. De pronto vio a su derecha y descubrió una vela roja. La vio con mucha atención. La llama de la pequeña parecía alegre y a la vez llena de paz. Se le quedó mirando y decidió hablar con ella.

“Eres de verdad una vela? ¿Por qué te consumes tan despacio? ¿Será porque crees que Jesús de veras vive aquí? ¿Puedes hablar conmigo, por favor?”

La llamita de la vela comenzó a moverse de arriba a bajo, como queriendo contestar las preguntas de Juanito. Le dijo: “Juanito, tengo un mensaje de Jesús para ti”, Juanito apenas lo podía creer. Miró para ver si su mamá estaba todavía en la Iglesia, y para ver si ella también estaba escuchando aquella voz tan suave.

La mamá de Juanito estaba de rodillas en la última banca orando. Todo estaba en silencio total. Juanito no sabía que hacer. Buscaba a su alrededor para ver si había alguien más que también estuviera escuchando la voz, pero no había nadie. Él y su mamá eran los únicos en la Iglesia a esa hora.

La voz suave continuo: “Sí, Juanito, yo tengo un mensaje para ti, y es del mismo Jesús. Él quiere que sepas que está aquí, Él está más cerca de ti que nadie. Él está ahí, en el SAGRARIO.” Juanito no sabía donde estaba el Sagrario, y busco por toda la Iglesia. La vela continuo: “El Sagrario está ahí, al frente, bajo el crucifijo. Jesús está presente en las Hostias consagradas. Créeme Juanito, Él está verdaderamente presente aquí en la Iglesia”. “De veras?” preguntó Juanito a la vela. “Eso quiere decir que cada vez que venga a la Iglesia, puedo ver hacia el Sagrario y encontrar a Jesús listo para escucharme?” “Por supuesto”, respondió la vela. “Cada vez que necesites a un amigo, lo encontraras en Jesús. ¿Sabes otra cosa Juanito? Cada vez que vengas a la Iglesia siempre encontrarás una vela encendida, como yo, cerca del Sagrario y eso significa que me consumo de amor por Jesús. La vela encendida es una señal para los niños

como tú, que necesitan saber y estar seguros de que Jesús está de verdad presente en el Sagrario. Permanezco encendida también porque Jesús ha dicho que Él es la luz del mundo, y al verme, la gente recordara estas palabras.”

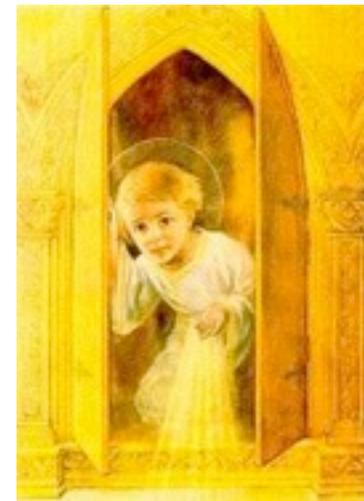
“Qué maravilloso!” exclamó Juanito. “Ahora ya sé dónde buscar a Jesús, estoy muy contento”.

Enseguida, Juanito caminó despacio y con mucho respeto hacia el frente del altar y se quedó mirando hacia el Sagrario. No podía creer lo que le acababa de ocurrir. Miro una vez mas hacia donde estaba su mamá y ella estaba todavía orando. Juanito decidió hacer lo mismo. Se arrodillo, cerro sus ojitos y comenzó a hablar con Jesús. Le decía: “Mi amigo Jesús, yo sé que Tú estas presente aquí en la Iglesia, y

sé que me estas escuchando, y que me amas, y por eso te doy las gracias. Te doy gracias por mi mamá, mi papá y por todo lo que me has

dado. Te doy gracias de manera especial por permitirme descubrir el lugar especial donde vives: ‘EL SAGRARIO’. Te doy gracias por todas las cosas, Jesús, muchas gracias”.

Juanito termino su oración y permaneció callado unos minutos, luego abrió sus ojos, volteó para todos lados y, ¡qué sorpresa!, la Iglesia ya estaba llena de gente.



Miró hacia atrás para ver si su mamá estaba todavía ahí, pero no pudo verla. Tuvo miedo y lagrimitas comenzaron a rodar por sus mejillas. Pero de repente, se dio cuenta que estaba en el lugar más seguro del mundo. Sonrió, se enjugó las lagrimas y comenzó a caminar hacia la parte trasera de la Iglesia.

Al llegar a la última banca, vio que su mamá le sonreía. Ana María abrió sus brazos para abrazar a su pequeño. Juanito dejó de sentir miedo. Su mamá le dijo: “Dime Juanito, encontraste a Jesús?” “Si”, contestó él, “Jesús vive en el Sagrario, ¿y sabes qué Mamá? Le pedí a Jesús que me hiciera tan pequeño, tan pequeño, que pudiera entrar en Su Sagrario por la cerradura de la puertita y una vez dentro con Él, que me hiciera tan grande, tan grande, que nadie me pudiera sacar de ahí. Yo amo a Jesús, Mamá y me gustaría poder estar con Él siempre”.

Ana María no supo qué decir. Abrazó de nuevo a su hijo y lo besó, le dijo: “Juanito, de ahora en adelante, tú y yo vamos a venir a Misa

todos los domingos, y cada vez que Jesús te vea te sonreirá, porque te ama más que nadie en el mundo. Debes creer esto siempre Juanito, Jesús te ama”.

El rostro de Juanito se iluminó y desde entonces fue muy respetuoso y amo mucho a Jesús. Se portaba muy bien en la Iglesia, y cada vez que iba a Misa platicaba con Jesús como con su mejor amigo.

(Esta historia fue escrita por la Hermana Angélica Orozco, EFMS, con motivo del Año de la Eucaristía)



Mateo y Lucas nos narran cuál era la reacción de Jesús ante los niños: Los abrazaba, los bendecía... y la gente le llevaba a sus hijos para que Él les impusiera las manos (cf. Mt 8,1-5; 10, 12-14 18, 1-4; 19,13-15; Lc 9,46-50.

Nosotros no vimos a Jesús, no estuvimos cerca de Él cuando vivió en la tierra, pero nos imaginamos que debe haber tenido un atractivo cautivante, encantador, maravilloso — muchos los seguían, querían tocarle, aunque fuera la orilla de Su manto. Su afabilidad y cordialidad, asombraban, y la gente veía en Él la facultad de realizar milagros o actos sorprendentes. Con esta forma de ser de Jesús, los niños deben haber actuado como son hasta hoy, donde ellos ven cariño, donde sienten paz, se acercan con mucha confianza.

Con esta lección de Jesús, cuando veamos a los niños acercarse al presbiterio, dejémoslos, esa confianza que a ellos les inquieta les confirma en el corazón, la presencia de Cristo en el altar: allí está Su Cuerpo y Su Sangre en cada Eucaristía. Aún más, invitemos a los niños al sagrario, expliquémosles qué es el tabernáculo; enseñemos a nuestros niños a orar, a hacer sus plegarias frente al Santísimo. Acostumbremos a nuestros niños a ofrecer sus oraciones por ellos y por sus familias al Señor Sacramentado. Es justo eso lo que Jesús no esta pidiendo, "Dejen a los niños, y no les impidan que vengan a mí, porque el Reino de los Cielos pertenece a los que son como ellos".

—Pedro Sergio Antonio Donoso Brant
(tomado de www.caminando-con-jesus.org)